

UN LLANTO LARGO.

por Gloria Cruz

Desperté con el primer sol que entró por la ventana, envuelta por los tiempos como si fueran amarras. Abriendo los ojos busqué el presente que me pareció torpemente nuevo y quise seguir durmiendo. Soñando con las playas largas, los cuerpos desnudos y ese olor a plantas de costa que casi no recuerdo.

A mi lado sentí su tibieza ya gastada, que subía y bajaba al compás de una respiración profundamente dormida. Me levanté un poco para mirarte, saber dónde andabas, en qué parte de la historia.

Bajé los pies de la cama con cuidado pensando que pondría el agua para el desayuno y me fui incorporando a esa luz de domingo que invadía el departamento dándole vida a los objetos. Miré todo con intensidad como si se tratara de un final de escena.

Ahí estaban los peces de madera con sus colores irreales, sus bocas semiabiertas y sus ojos tan atentos que más parecían oídos buscando el ruido del mar. Los pajaritos de rafia colgando, moviéndose al ritmo del aire, acostumbrados a no volar por mucho tiempo.

Las gredas, las planta, los libros, todo con un dejo a "desde siempre". Mientras tomaba mi té recordé que vendrían a comer los "niños", sus parejas y los nietos.

Se me agolparon en la memoria esas viejas mañanas de domingo en que la casa era un torbellino de peleas por el baño y ropas tiradas, de movimiento y preguntas. ¿Mamá, qué me pongo? Bastaba que les sugiriera un tipo de ropa para que a ellos se les ocurriera otra.

Por un momento pensé tenerles de comida lo que tanto les gustaba de chicos, pero el tiempo había refinado sus preferencias que yo no conocía bien. Opté por hacer un almuerzo formal que abarcara todos los gustos. Serví tu café con un triste temor. Sabía lo que significaba encontrarnos los dos despiertos en el dormitorio. Quise no enfrentarlo nunca, porque estaba segura de lo que venía. Cómo

irme muy lejos y volver cuando estuvieran todos, o mejor dicho casi todos, ahí, alegres, hablando con vitalidad, mirando las gracias de los más pequeños comiendo juntos.

Pero algo hacía inevitable su memoria ese preciso día en que venían ellos. Entré con tu desayuno cuando empezabas a abrir los ojos. Nos saludamos mientras te acomodabas para tomarlo, y así en la complicidad del silencio se fue creando ese espacio de siempre al enfrentarnos a su verdad, a esa rabia mordida por el vivir, a esa ternura ineficaz. Buscamos su fotografía de niño colgada en la muralla de enfrente, su sonrisa grande, su pelo ondulado que peiné tantas veces, y saliendo del retrato voy retrocediendo en su infancia, separándome de ti, dejándote con tus recuerdos de padre para yo seguir con los míos, uno a uno, distantes, hasta llegar al momento del parto. Tensé mi cuerpo como si hubiera podido, desde el hoy, evitar su nacimiento inútil, pero fue en vano porque igual esta vez irrumpió su vida con un chillido ronquito que ahora me ensordece.

No sé cuál fue tu itinerario, pero llegamos juntos al llanto largo con que ese día mojamos las sábanas.